HOSPITALIDAD A PRECIO DE SANGRE



Historia de Prudencia Cañellas, laica y mártir

MURAHO Nº 20

Cued. Menals 20

MANUEL SOLER PALA, msscc

AL AMIGO LECTOR

En el transcurso de la vida el ser humano puede ufanarse muy escasas veces de que sus obras sean totalmente transparentes. Hasta la virtud puede disfrazarse de vicio. Es decir, cabe usar de la virtud como de un trampolín que permita subir a la cima del prestigio, de la fama, etc.

La mansedumbre, por poner un caso de opacidad y de difícil interpretación, no siempre es fiable en quien la ostenta. Podría usarla como careta. En otras palabras, frente a la incapacidad de mostrarse agresivo -sea por carácter o por conveniencia- el interesado prefiere disimular su exigua valentía bajo la coraza de la mansedumbre. Cosa que, además, le resulta rentable.

Pero se dan ocasiones en que la opacidad se vuelve translúcida, las caretas caen y las ambigüedades se desvanecen. Una de estas escasas ocasiones se ofrece cuando la vida está en juego. Cuando nada hay que ganar, ni nada que encubrir, porque de la actitud tomada puede derivarse la muerte, entonces los gestos merecen la máxima credibilidad.

La Sra. Prudencia tuvo el gesto heroico de invitar a su mesa, y bajo su techo, a unos religiosos acosados, en una guerra que generó millares de muertos y explotó en toda clase de excesos. Las posturas se radicalizaron, tal parecía que la convivencia era del todo imposible entre ambos bandos y en un mismo suelo.

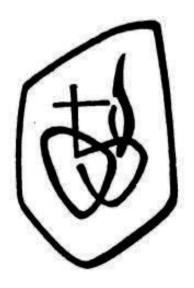
Ella sabía muy bien que ponía su vida en peligro. Pero se arriesgó. Fue testigo de su fe, no dudó en dar la mano a los clérigos perseguidos. Y así entregó la vida mostrando el mayor amor. Pagó su hospitalidad a precio de sangre.

Queremos rescatar, con estas modestas páginas, a Prudencia, esta mujer catalana, que supo mantener sus convicciones a la hora de la gran verdad. Ella ya había sido en vida testigo de la fe y la caridad. Catequista en un barrio abandonado, dulce enfermera de su esposo tuberculoso, visitadora de pobres y enfermos desde las Conferencias de S. Viçente de Paúl.

Estas páginas se dirigen especialmente a nuestros amigos Misioneros Laicos de los SS. Corazones. Desde hace varios años se han organizado en grupos a lo largo de la geografía dominicana y puertorriqueña. Y también en otras zonas lejanas del Caribe.

Ellos contemplan con nosotros al Traspasado y tratan de tender la mano a algunos de los innumerables traspasados de nuestro mundo, a los que más cerca encuentran. Con nosotros cantan a las aguas salvadoras que brotaron del costado de Cristo. Y anhelan un mundo que cambie el corazón de piedra por el de carne, tal como lo vaticinaron los profetas.

¿Qué mejor ejemplo y modelo podríamos encontrar para ellos que la buena Prudencia, ofreciendo su casa a los misioneros religiosos y sellando para siempre, en una misma sangre, el vínculo que a todos los hermanó para la gloria?





De izquierda a der Pintura al óleo de Pilar Leita.

ACOSO Y PERSECUCION DE UNA COMUNIDAD RELIGIOSA

Complejos hechos político-militares se dieron cita'en suelo español allá por los años treinta y desembocaron en la guerra civil, iniciada el 18 de Julio del año 1936. Un acontecimiento convulsionado, lleno de malentendidos, generador de odios, rencores y muertos por millares.

Dos días antes del inicio de la contienda, llegaron a la ciudad de Barcelona, capital de Catalunya, fuertes rumores de sublevaciones militares en varias regiones. Al frente de las mismas se puso el Gral. Francisco Franco. Alegaban los sublevados que ya se había tornado imposible la convivencia. Sólo las armas, pensaban, podían devolver la confianza a la población, acabar con los abusos sectarios e ideológicos, imponer nuevamente el respeto en las cuestiones religiosas.

El conflicto entre las dos Españas.

La verdad, previa a toda interpretación, era que el profundo malestar de la sociedad venía de muy lejos. Unos habían preferido la República como forma de gobierno, los otros la monarquía. Mientras unos sectores proclamaban su catolicismo -quizás poco tolerante y un tanto cerrado- los otros no hacían sino achacar a la religión toda clase de perversiones y señalarla como culpable de casi todas los problemas y conflictos sociales. Quienes se sentían atraídos por el orden y la disciplina y quienes ponían todo el acento en la justicia escueta. Uno de los bandos se autodefinía como tradicionalista y el otro como progresista. Unas regiones pretendían erigirse como naciones independientes o, al menos, federarse libremente en un conjunto de nacionalidades; otras le temían a la disolución de la unidad española como al peor de los males y la calificaban de ruin traición. Las posturas se radicalizaban y nada bueno presagiaban.

En el ambiente se palpaba la cercanía del estallido entre los ciudadanos de un mismo país. Una guerra civil. Los del bando franquista la llamaban alzamiento y hasta cruzada. Los del bando republicano estaban convencidos de que habría que tomar las armas para defender la legalidad. Al primero fueron a parar la mayoría de los católicos y a los segundos los federados en un Frente popular (anarquistas, socialistas, comunistas, sindicalistas, etc).

De todos modos, habría que matizar muy finamente para no caer en afirmaciones globales que no se corresponden con la verdad histórica. Pero no nos mueve la menor pretensión historiadora, sino ambientar al lector en unos hechos lamentables que conformaron el escenario del martirio de muchos clérigos de la época (1). En particular, de cuatro religiosos Misioneros SS. CC. en el Santuario del Coll.

El domingo por la mañana, día 19, tuvo lugar el alzamiento en Barcelona. La suerte se decidió casi inmediatamente en favor de los republicanos, en contra de los sublevados. Una vez vuelta la normalidad, los dirigentes sindicalistas se adueñaron de la ciudad. Ellos poseían armas del ejército y el ánimo dispuesto a usarlas.

Se inició así una temible represalia contra todos aquellos elementos a los que los sindicalistas y el Frente Popular atribuían alguna culpa en el alzamiento o simplemente sospechaban que no tenían simpatías para el régimen republicano. Esto pasaba en Barcelona, pero en toda España se dio comienzo al alzamiento o la guerra civil, como se prefiera, y se trazaron con toda nitidez las líneas que ya se iban dibujando entre Un enfrentamiento tan brutal y visceral obtuvo gran resonancia más allá de las fronteras españolas. Tanto es así que numerosos jóvenes de otros países decidieron alistarse en uno de los bandos. Y fueron bastantes los historiadores y literatos que eligieron la contienda civil como objeto de su tarea.

La tragedia alcanzó de lleno a la Congregación de MM. SS. CC. (2). Algunos de sus miembros sufrieron la muerte, otros debieron exilarse. No faltó quien fuera empujado al frente de batalla. Alguna casa tuvo que ser cerrada por las circunstancias bélicas y la consiguiente falta de personal.

El Coll era un Santuario situado en la periferia montañosa de Barcelona. En esta ciudad, de las más populosas de España, se hicieron fuertes los republicanos. La ciudad y la región toda hablaba un idioma peculiar, el catalán. En el Coll, tras numerosos cambios de personal, la comunidad quedó así conformada: el superior, P. Francisco Reynés; su hermano de sangre, el P. Simón Reynés; el P. Miguel Pons; los Hnos. Francisco Mayol y Pablo Noguera.

Solamente el P. Francisco Reynés logró salvar la vida. Su personalidad decidida, su actitud dinámica, la inteligencia y la simpatía de que hizo gala hasta que sufrió un ataque de apoplejía, le ayudaron, indudablemente, para salir airoso del trance. Conocía mejor la ciudad, contaba con un círculo más amplio de amistades; se movía con mayor desenvoltura. El ocho de Agosto de 1936 zarpó en un buque hacia la italiana ciudad de Génova. El P. Francisco Reynés moriría el 13 de Julio de 1965 tras padecer, durante veinticuatro años, un ataque que le sumió en una semiparálisis y en una marcada afasia.

Gracias al P. Francisco Reynés poseemos un detallado recuento de los sucesos acaecidos a la comunidad durante los primeros días del alzamiento hasta el martirio de los cuatro congregantes el día 23. (3).

Asalto al Santuario del Coll.

El mismo día de la sublevación, sábado 18 de Julio, no fue distinto a otros muchos por cuanto se refiere a las tareas y ministerios de los congregantes de la comunidad del Coll. Por supuesto, la tensión y la incertidumbre sobre lo que estaba acaeciendo tenía fuertes repercusiones emocionales sobre los moradores del santuario.

Al día siguiente, domingo 19, se celebraron las misas según el horario dominical acostumbrado. Menor asistencia, sobre todo por cuanto se refería a los niños. Los celebrantes no tenían los ánimos para hilvanar los hilos de una predicación y prescindieron de ella.

A media mañana descubrieron, desde la terraza, una fuerte humareda sobre el barrio de la Bonanova. La sospecha de que hubieran incendiado la Iglesia-santuario del lugar fue confirmada por algunos viandantes que procedían del sector. Un par de horas más tarde fueron sorprendidos por la estridencia de una detonación. Observaron de nuevo una gran humareda, esta vez en el más cercano puente de Vallcarca. Supieron luego que unos jóvenes chocaron en una curva, incendiándose el vehículo y explotando las bombas -con destino a los templos de la ciudad- que llevaban en el camión.

Hacia el atardecer, los congregantes cerraron cuidadosamente la iglesia por lo que pudiere acaecer. Dado el cariz que tomaba la situación, algunas familias amigas invitaron a los Padres a pernoctar en sus casas. No se les había ocurrido la posibilidad, pero el P. Francisco Reynés estuvo de

acuerdo. Llamó a la comunidad. Rezaron el rosario y la corona de oro ante el Santísimo. Seguidamente cambiaron la antigua y valiosa imagen del Coll por otra de la Merced, de menor valor artístico.

Los Padres mudaron el traje talar por uno de seglar. Lo tenían a punto desde hacía tiempo, pues eran conscientes del peligro que corrían. Llamaron a las familias que les habían invitado a pasar la noche en sus casas. El superior evitó todo dramatismo y se contentó con despedir, sin abrazos ni interjecciones, a los miembros de su comunidad. El Hno. Mayol insistió en permanecer en el lugar. Como no se pensaba en un peligro inminente y, quizás debido a su edad y aspecto, se le permitió realizar su deseo, creyendo que ningún percance le podía suceder.

Al P. Fco. Reynés le acogieron bondadosamente y le instaron a que se instalase en la habitación más cómoda. Puso el Santísimo en una mesita y encendió una pequeña lámpara ante el mismo. No pudo conciliar el sueño a causa de las preocupaciones y presentimientos que le perturbaban.

Apenas tocadas las cuatro del lunes, día 20, se escuchó un fuerte tiroteo, probablemente con la intención de amedrentar a quien intentara defender la casa y el templo del asalto de que iba a ser objeto. En efecto, muy pronto unos individuos empezaron a golpear furiosamente las verjas que daban a la calle. Se animaban mutuamente a no cejar en el empeño. Abatida la primera verja, centraron su empeño en la puerta del templo que ofreció todavía mayor resistencia.

Entonces cambiaron de plan. Trataron de penetrar a la casa contigua, menos resistente. Lo consiguieron. Registraron y robaron a mansalva. Le prendieron fuego. Se observaba la humareda saliendo por las ventanas, particularmente las que daban a la biblioteca. Una vez en la casa hallaron menos dificultades para trasladarse a la iglesia. Los cristales de los ventanales cayeron destrozados por los tiros. Amontonaron los bancos, dispararon innumerables municiones contra las paredes del edificio con una rabia digna de mejor causa. Penetraron en la sacristía y una sala destinada a obras sociales. Pegaron fuego a todo cuanto encontraron. La construcción, sin embargo, no se resintió, pues era muy sólida.

Toda esta brutalidad duró a lo largo de hora y media. Cuando ya ardían todas las dependencias, y a punto estaban de abandonar el pillaje, apareció el Hno. Mayol. Le dijeron que se marchara. El se resistió reclamando un rinconcito cualquiera, puesto que no tenía donde dirigirse. Los autores de la devastación eran entre veinte o veinticinco jóvenes. Los de más edad no superarían los 25 años.

El superior estaba muy cerca del lugar de los hechos. Cuando pasaron ante la casa que le refugiaba escuchó: "aquí, un convento de monjas". Le respondieron: "no vale la pena. Son cuatro que no tienen sino mocosos. Vamos a continuar nuestro trabajo".

Apenas desaparecieron, el Hno. Mayol cogió un ramo del huerto y se propuso apagar el fuego. Regresó la pandilla con petardos y prendiendo fuego nuevamente. De nuevo el Hno. acudió con su ramo-todo un símbolo de denso significado- para sofocar las llamas. Por tercera vez los incendiarios volvieron a las andadas. Y en esta ocasión le amenazaron con fusilarle si no desaparecía del lugar inmediatamente.

En el entretanto, se amontonaron algunos curiosos. Unas muchachas instaban los incendiarios a mostrarse duros con los sacerdotes. Cuando el grupo dio por acabada su labor arrasadora, bajó hacia Horta para repetir la operación en otros templos. Se lamentaban algunos de sus integrantes de que escaparan los sacerdotes y se deseaban que no volviera a sucederles.

Algunos vecinos del santuario exhortaban al Hno. Mayol a retirarse porque peligraba seriamente su vida. Respondía el hombre, tranquilamente, que no deseaba sino acabar su vida junto al trono de la Virgen. Finalmente se unió, sin embargo, a los PP. Simón y Miguel, quienes se habían refugiado en la tienda de comestibles "el pagès", situada frente al santuario.

A lo largo del día no cesó el ir y venir de vehículos cargados de milicianos con el fin de impedir la extinción de los incendios y apuntando a los cuatro costados con ademán intimidatorio. Al parecer, temían cualquier acontecimiento contrario a sus planes y disimulaban su miedo con gesticulaciones improcedentes y autoritarias.





Fotografía de Prudencia Cañellas Ginestra

ULTIMOS ACONTECIMIENTOS. PASION Y MUERTE

Mientras se desgranaban tales acontecimientos, el P. Fco. Reynés temió en algún momento por su vida, pues se hallaba a muy poco trecho del lugar. Incluso trató de sumir las hostias que había llevado consigo temiendo lo peor. Luego se trasladó a una casa del centro de la ciudad que ofrecía mejores garantías. Tras mil peripecias y temores, disfrazado, y hasta amaestrado para efectuar el saludo de los milicianos si llegaba el caso, consiguió huir del peligro y llegar incólume a Italia.

Los PP. Simón Reynés y Miguel Pons, junto con el Hno. Mayol, transcurrieron horas inacabables en el huerto de la tienda "El Pagès". No volverían a ver a los otros dos miembros de la comunidad. Por su parte, el Hno. Pablo Noguera se había refugiado en la Torre Blanca, donde le esperaban mayores angustias y brutales torturas.

Tres días de angustia.

El martes 21 aparece en la crónica martirial que nos ocupa una señora solidaria, generosa, valiente y desinteresada: Doña Prudencia Cañellas. El relato lo escuchamos ahora de Teresa Roca, su amiga (4). Sabiendo muy bien lo que significaba albergar a los sacerdotes en su casa, decidió, no obstante, ofrecerles su residencia, Torre Alzina, de la que era propietaria. Creyó la señora que, al estar situada a mayor distancia del templo del Coll, garantizaría mejor la seguridad de los religiosos.

Su amiga, Teresa Roca, fue a la tienda al anochecer, hizo las compras y gesticuló a los refugiados a fin de que la siguieran hacia la Torre. Estos, en mangas de camisa, con la chaqueta apoyada en el brazo y, por una calle secundaria, se pusieron en camino. A los pocos pasos se unió al grupo la propia señora Cañellas.

Ya en la torre Alzina, los dos sacerdotes ocuparon una misma habitación, mientras el Hno. se instalaba en otra. La noche del martes, todo el miércoles y la mañana del jueves, permanecieron en la casa. Continuaron su ministerio sacerdotal en circunstancias especialmente graves. Celebraron la Eucaristía el miércoles y el jueves. Un mueble hizo las veces de altar. No usaron ornamentos porque no los había a su alcance. El copón que habían llevado consigo sirvió muy bien para el caso. Impartieron el sacramento de la penitencia a la gente que fue a la casa y lo pidió. Dieron la comunión al Hno. y a ambas señoras.

A lo largo de estas angustiosas horas se dieron frecuentemente a la oración. Y en la última celebración eucarística del jueves quisieron sumir todas las hostias pues creían que estaban a punto de partir hacia Mallorca.

Sin reticencias paseaban por el jardín, no obstante el peligro de ser observados y denunciados. Las mujeres les exhortaron a ser más cautos, pero respondieron que, si se presentaban los rojos para llevarlos consigo, ni huirían, ni se defenderían. Más bien les preocupaba a los tres la situación que pudiera vivir el Hno. Noguera y por ello pidieron a la Sra. Roca que lo visitara en la Torre Blanca. Así lo hizo ella en varias ocasiones.

Llegamos de este modo al fatídico jueves, día 23. Teresa pidió unas camisas y alguna otra prenda a la vecina de la torre contigua con la intención de que les sirviera a los refugiados en su inminente -según creían- viaje a Mallorca. Bajó luego a la ciudad, a la C/ Mallorca, 279 (?) donde residía un amigo de la comunidad, el Dr. Salom. Pensaban que allí, donde el superior se había alojado temporalmente, habría dejado los pasajes para trasladarse a la isla. Pero no había tales pasajes. Dicho señor acompañó en coche a Teresa hasta las cercanías de la Torre.

Tras la comida, en la que seguramente, crecería la inquietud por la incertidumbre del próximo futuro, sonó el teléfono. Era el P. Francisco Reynés, superior, que se interesaba por la situación que vivían. Lo hacía con muchas precauciones, a fin de no comprometer a sus anfitriones. Se le informó que los Padres y las Hnas. franciscanas se encontraban bien. Incluso la barriada estaba tranquila.

La tragedia de Torre Alzina.

Sin embargo, no tardó en llegar un camión repleto de milicanos, en busca de los religiosos. Primero acudieron a la Torre Vila, un edificio vecino. Al no encontrar lo que deseaban, y tras revisar las dependencias con violencia y arrogancia, los para-militares marcharon a Torre Alzina y acordonaron el edificio. Tocaron a la puerta. La Sra. Cañellas no permitió que abriera Teresa, sino que quiso hacerlo personalmente. Un grupo de afiliados a la C.N.T. le preguntó si alojaba a tres sacerdotes. Respondió que sí, a lo cual la conminaron a que bajasen inmediatamente.

Los tres religiosos no vacilaron tratando de salvaguardar a la Sra. Cañellas. Se puso a la cabeza el P. Simón Reynés, le siguió el P. Miguel Pons y el Hno. Mayol. Luego también bajaron ambas

fueron comedor y al llegar donde C.N.T. jardín, la C.N. señoras. Atravesaron un pequeño de abundantemente tiroteados. daba hombres dne los portal encontraban

cayó ensañaron ahí que posteriormente no le fotografiaran en el Policlínico como sí hicieron con sus dos compañeros circunstancias semejantes. El P. Pons cayó asesinado sobre el mismo portal que daba al jardín. Por su parte, el Hno. Mayol recibió unos disparos en el estómago y se desplomó entre la cocina y P. Simón cayó en una esquina del jardín, rostro. muertos pronunciada pendiente. Los tiradores se con él. Le desfiguraron totalmente el r religiosos otros tantos circunstancias comedor. Con ahí

había otros milicianos que, al escuchar el tiroteo, y pensar -presos de su propio pánico- que los religiosos se defendían, comenzaron a disparar al aire sin ton ni son. Así pretendían atemorizar a los supuestos enemigos. Una de las balas rebotadas se incrustó en el muslo de uno de ellos. Lo relató dos señoras, horrorizadas, pudieron bajar jardín. Los milicianos les instaron, bajo amenaza de muerte, a guardar silencio sobre lo ocurrido. Y se marcharon. Pero en los alrededores el propio protagonista unos veinte años después. silencio Las hasta el

en espectáculo de los hombres fusilados. Percibieron signos de vida en el Hno. Mayol. Le preguntaron si algo le dolía y respondió que no. Las dos mujeres Todavía macabro todo ello, las señoras de torre Alzina sus oídos cuando subieron a la primera planta y se abrazaron. Lentamente recobraron la serenidad. Bajaron nuevamente para observar el macabro estaban sobresaltadas y aterrorizadas. Todav retumbaban las amenazas de los hombres armados subían y bajaban sin saber qué hacer. sobresaltadas

milicianos. pretextando que debía ser interrogada. Observando que el Hno. Mayol todavía agonizaba, le remataron asestándole unos tiros en la cabeza. Bajo amenazas de muerte, y con el revólver en el pecho, la Sra. Roca tuvo que acompañar a los milicianos a cada una destruyeron con saña cuanto se relacionara con la religión. Todo esto sucedía hacia las siete de la tarde.Cerca ya de las once, llegó una ambulancia que recogió los cadáveres y los trasladó al Cañellas de las dependencias de la casa. Las registraron y señora los a la se presentaron Prendieron inmediatamente nuevo recogió Policlínico.

que le daba refugio. "En una torre de la calle Ntra. Sra. del Coll se han encontrado tres cadáveres..." La noticia no coincidía del todo con los detalles que él sabía sobre el paradero de sus hermanos. Se resistió a llamar por teléfono a fin de que no le confirmaran su negro presentimiento. Al final se decidió. Y le respondieron: "por aquí, desolación completa; de los suyos, ¿qué le diré?, ¿cómo lo diré? Requiescant in pace". Volvió a preguntar: "¿los tres?" A lo que escuchó: "Sí, los preguntar: "¿los tres?" A lo que escuchó: "Sí, los tres, el viejo y los dos Fadres" que descansaba sobre la mesa del comedor de la casa Al día siguiente, viernes, 24 de Julio, el P. Francisco Reynés leyó el periódico "La Vanguardia",

los también donde se repuso por un tiempo de tanta tragedia. Y la Sra. Teresa Roca que formuló sus declaraciones El relato minucioso ha llegado hasta nosotros por dos testigos de primera mano, como hemos indicado. El P. Francisco Reynés que dictó la crónica de los hechos al P. Miguel Pascual en Asís, hemos dictó la testimonios secundarios de algunos protagonistas eclesiástico que instruyó lona. Años después de l recogido Barcelona. ... ante el Tribunal acontecimientos, en por dos indicado. proceso

El mencionado historiador Sanabre, archivero diocesano de Barcelona, comenta que fue una de las primeras comunidades del en pagar tan alto tributo de sangre. Y también que este caso constituye uno de los dramas más bárbaros y sangrientos de la Revolución en nuestra ciudad. Todo ello sucedió, según el mismo autor, a las cinco horas de la tarde (5).

El Hno. Pablo: silencio ante el martirio.

Simultáneamente a la tragedia que vivieron los Misioneros de los SS. CC. y quienes les acogieron heroicamente, otras escenas se desarrollaban en la ciudad convulsionada. El Hno. Pablo Noguera se había refugiado en la Torre Blanca. Sabemos que lo visitó Teresa en algunas ocasiones, exhortada por los miembros de su misma comunidad. Su camino hacia el martirio sería más penoso. Lo acompañarían hacia el mismo otras víctimas de su fe y estado de vida. Dos Hnas, Franciscanas de la Misericordia, que vivían en el mismo barrio (6). También dos Religiosas de la Compañía de Sta. Teresa que se habían adentrado por el barrio en busca de refugio (7). Finalmente, la Sra. Prudencia Cañellas, la valiente mujer que había acogido a los compañeros congregantes del Hno. Pablo.

A las Hnas. Franciscanas las llevaron al Comité de la F.A.I. Fueron atormentadas y ultrajadas, según contó luego un sacerdote, joven estudiante en la época. Lo supo por los comentarios atendibles y repetidos que recogió en la barriada, donde vivía por entonces. Las Franciscanas, las de la Compañía de Sta. Teresa de Jesús y el Hno. Pablo Noguera se encontraron en el citado edificio.

El Hno. Pablo estaba sumido en un intenso silencio. Las religiosas lo creyeron jesuíta, al menos en un primer momento. Tenía las manos atadas a la espalda, su aspecto era muy joven, estuvo siempre con los ojos bajos y no dijo ni una palabra. Impactó a las Hnas. una tal actitud, contó luego Sor Joaquina Miguel.

El grupo de las cuatro religiosas y el Hno. Pablo tuvo que sufrir la rabia, el desprecio y el sadismo de los milicianos que los habían apresado. Al iniciarse la tarde del 23 de julio, los colocaron en el patio, en fila, diciéndoles que los iban a fusilar, enarbolando las armas. Las burlas y maltratos eran todavía más pesados para con el joven Pablo.

Luego, en una habitación que hizo las veces de cárcel, colocaron juntas a las religiosas y al Hno. Pablo un tanto distanciado. Las municiones que allá guardaban las lanzaban, de vez en cuando, a puñados, por la cara de los cinco cautivos. Seguían amenazando con disparar las ametralladoras y con golpes mortales en la cabeza. Todo ello en unas escenas que ilustran la poca dignidad mostrada por los guardianes de tan indefensos e inocuos presos. "¿Rezáis, eh? Pues como sigáis haciéndolo os meteremos la bayoneta por la boca. Ya estáis enteradas".

Al parecer llegaban órdenes contradictorias, una de ellas de que no había que fusilar al grupo. Se suspendió el simulacro y, por un momento, cristalizó un hálito de esperanza. En un momento dado separaron a los presos y los llevaron a diversas casas cercanas. Al Hno. Pablo lo condujeron al "Casal Català" bien custodiado.

Al anochecer un camión fue recogiendo al grupo anteriormente dispersado. Se reencontraron las dos Hnas. franciscanas, las religiosas de la Compañía de Sta. Teresa y el Hno. Pablo Noguer. Se agregó una nueva víctima: la Sra. Prudencia Cañellas, la viuda que había alojado a los Misioneros asesinados en su propia casa.El camión partió raudo, atravesando calles y zonas despobladas. Los milicianos paraban de vez en cuando y charlaban.

Luego reemprendían la marcha. Lo cual angustiaba al máximo a los prisioneros.

El vehículo llegó a un descampado. Situaron al grupo en un recodo de la carretera que conduce al Tibidabo, llamado "la Rebassada". Un entrante de la montaña hace las veces de paredón. Lugar propicio para aquellos asesinatos que requerían del silencio y las sombras.

Primero fue obligado a descender del camión el Hno. Pablo. Luego los demás. Las Hnas. Mercedes y Joaquina, de la Compañía de Sta. Teresa, junto con Sor Catalina, franciscana, las situaron en la cuneta que daba a la montaña. A Sor Micaela, también franciscana, a la Sra. Cañellas y al Hno. Pablo los pusieron igualmente en fila, y de espaldas a la carretera, pero en la otra cuneta. El pelotón de fusilamiento, cinco o seis hombres situados en la carretera, ametrallaron a los religiosos.

La Hna. Joaquina, que no había sido herida de muerte, al desplomarse tras la primera descarga fingiéndose muerta, atendió a su compañera. Tampoco Sor Micaela recibió impactos mortales del tiroteo. Aun cuando alguien acudió de nuevo al lugar con el propósito, que ejecutó, de rematar a las víctimas y darles con el tiro de gracia. El hecho es que las Hnas. Joaquina y Micaela lograron abandonar el lugar con mucho esfuerzo y sufrimiento. La primera, muy anciana, todavía vive al escribir estas líneas. La segunda fue descubierta y rematada al día siguiente.



PRUDENCIA: LAICA Y MARTIR

En el relato de los últimos sucesos acaecidos a los mártires del Coll, aparece una mujer de estatura moral poco común. Aunque no tenemos muchos datos acerca de ella, es suficiente saber que se adentró con paso firme hacia el vórtice del peligro. No pensó en su propia seguridad, sino en el bien de los religiosos acosados. Hablamos de la Sra. Prudencia Cañellas.

En el centro de la vorágine.

En el momento tormentoso de la matanza y la persecución, la consigna tácita era la de volver la espalda al riesgo y mirar a otro lado. Numerosos creyentes, más de los que uno quisiera e imaginara, se desentendían de todo compromiso que los vinculara con clérigos, religiosos o monjas. En ello les iba la vida. Por poner un ejemplo cercano al de los sucesos que nos ocupan: una de las monjas franciscanas fusiladas en "La Rebassada", junto con el Hno. Pablo, logró sobrevivir aquella noche de luto, pero murió al día siguiente por no encontrar tendida una mano amiga.

Era Sor Catalina del Carmen Caldés. Con dificultades mil se dirigió, en la oscuridad de la noche, a casa de una mujer a la que había atendido en sus tareas de enfermera. Desde el interior, la señora pidió que se identificara. Lo hizo Catalina, a la vez que pedía un poco de agua y contaba su espantosa aventura. Le ofrecieron leche fresca y unas gasas para aplicar a la pierna, donde le sangraba una profunda herida. Pero no la dejaron entrar. Su generosidad llegó sólo hasta el ofrecimiento de una silla en el exterior de la casa. Al día siguiente, 24 de julio, los milicianos, peviamente informados, la remataron en el Valle de Hebrón.

Pero a Prudencia nadie le pidió refugio. Ella se adelantó a la situación y ofreció su casa sin reparar en consecuencias. ¿Quién fue esta mujer, para siempre vinculada con el grupo de los mártires del Coll, que acabó pagando su generosidad a precio de sangre? (8).

Al parecer, por lo que cuentan quienes la conocieron, el carácter de la familia de Prudencia tendía a ser un tanto explosivo (*tenien el geni curt"), y ella no era la excepción. Sin embargo, se mostraba muy caritativa y sensible ante las desgracias del prójimo. Pertenecía a las Conferencias de S. Vicente de Paúl, y más precisamente a la Cofradía de la "visita domiciliaria". Visitaba con frecuencia a gente necesitada, no vacilaba en pedir recursos con que aliviar las necesidades de los pobres.

La Torre Alzina pasó a Prudencia como herencia de una tía, también llamada Prudencia, que había casado con el Sr. Francisco Alzina, propietario de la Torre. Del mismo Señor, a través de su tía, recibió también un negocio de confección de telas (pijamas, camisas, corbatas, etc), inicialmente diversificado en taller y tienda.

La posición económica de Prudencia era bastante holgada. Procedía de una familia sin mayores problemas económicos. Ello le permitió, al no verse obligada a un estricto horario de trabajo, dedicar gran parte del tiempo a sus actividades caritativas, catequéticas y a practicar asiduamente la fe que profesaba.

Su natural era afable, proclive a la comunicación con la gente que la rodeaba. Siempre estaba dispuesta a participar de las fiestas que se organizaban en su entorno. Y las animaba con su presencia. "Era molt trempada", decían de ella. En sus años de juventud iba, junto con su hermana mayor, María, a impartir catequesis en la muy abandonada barriada de la Barceloneta.

El marido, ayudante de farmacia, padecía la temible enfermedad -común en la época- de la tuberculosis de pulmón. Una tía suya, ante el hecho de que Prudencia deseara casarse con un hombre aquejado de tal dolencia, expresaba: "cuando una muchacha tiene deseos de casarse, lo haría incluso con una escoba". La misma familia de Prudencia le desaconsejaba un tal matrimonio. Era penoso constatar cómo el hombre escupía sangre a cada momento. Sus apariencias enfermizas saltaban a la vista. Prudencia confesó a una confidente que no estaba enamorada de su novio Ezequiel Aguadé Soler ("no me l'estimo gens"). Sin embargo, contrajo matrimonio con él y lo cuidó con toda exquisitez a lo largo de su penosa y duradera enfermedad. En lo más álgido de la misma expresó que amaba con delirio a su esposo.

El Sr. Ezequiel no había mostrado nunca un especial interés por las cuestiones de la fe. Pero el hecho es que, tras los años de matrimonio, murió como un santo, habiendo recibido los sacramentos que hacían al caso. El mismo decía, agradecido a los cuidados de su esposa: "Prudencia parece un ángel de la guarda".

¿Cómo interpretar tales hechos? Prudencia se había sentido atraída por un joven de nombre Torrents, escribiente en el despacho de la tienda de su propiedad. Pero éste nunca quiso hablar en términos de matrimonio. Al parecer, no tanto por falta de amor, sino porque tenía dos hermanas en condiciones mentales deficientes y se había comprometido a cuidar de ellas de por vida.

Ante tal decepción se sintió un tanto contrariada. Su corazón caritativo y su deseo de contraer matrimonio la impulsó a relacionarse con su futuro marido, enfermo de tuberculosis. En el transcurso de los pocos años que duró la convivencia matrimonial, la mujer logró cambiar espiritualmente a su marido.

Según los documentos oficiales relativos a la Sra. Cañellas, tenemos datos ciertos de su biografía. Nació el día cinco de agosto del año 1884 en Sant Celoni (Barcelona), hija de Damián y María. Un documento, firmado por el archivero de la Curia del Arzobispado de Barcelona, certifica que en el libro de duplicados de matrimonio, hay un expediente según el cual el novio se llamaba Ezequiel Aguadé Soler, domiciliado en Barcelona, nacido en Tarragona, de 40 años, soltero, hijo de Paula (de Jaime Reus v respectivamente). La novia era Prudencia Cañellas Ginestà, domiciliada en Barcelona, nacida en S. Celoni, de 43 años, soltera, hija de Damián y María, de Pallesí. Ambos contrajeron matrimonio en la Iglesia de Sta. Ana, de Barcelona, el día 27 de Septiembre de 1927 (9).

Hospitalidad a precio de sangre.

Conocemos con bastantes detalles la muerte violenta de los Misioneros SS. CC. En una nueva lectura, con el objetivo dirigido a la Sra. Prudencia, los hechos varían levemente de perspectiva (10). Ella entra en escena al enterarse de que los sacerdotes y el Hno. Mayol se habían refugiado en la tienda de comestibles "El Pagès". El lugar se hallaba muy cerca del Santuario. La inseguridad era grande. Los milicianos armados habían asaltado el templo y se desplazaban de un sitio a otro, a la búsqueda de los clérigos. Muy consciente de lo que implicaba su gesto, avisa a los interesados a fin de que se trasladen a Torre Alzina, previo acuerdo con la dueña de la tienda.

Hacia el anochecer del martes, día 21, Teresa -trabajadora del taller de Dña Prudencia, a la vez que amiga y sirvienta- la acompañó para realizar las compras, que hacían al caso. Tras un gesto dirigido

Así lo hicieron los religiosos, con el deseo de no perjudicar a las mujeres. Uno tras otro fueron fusilados. Tras ellos iban Prudencia y Teresa, pero no las abatieron, sino que les ordenaron absoluto silencio acerca de lo ocurrido, bajo amenaza de muerte. Se marcharon los paramilitares y las dos mujeres se abrazaron llenas de temor. Pasaron los minutos, recobraron un poquito de serenidad. Habían subido al piso superior. Bajaron de nuevo para observar el estado de los tres fusilados notando que el Hno. todavía no había muerto. No sabían qué hacer ante el aterrador espectáculo.

Otra vez aparecieron los milicianos. La Sra. Prudencia fue apresada con tanta rapidez que apenas lo advirtió su amiga. Observando los hombres que el Hno. Mayo todavía daba señales de vida lo remataron fríamente. A Teresa le apretaron el revólver en el pecho conminándola a que les acompañara por todas las dependencias de la casa.

Posteriormente Teresa declaró que ella se salvó gracias al testimonio de una persona influyente del barrio. Dijo éste que nada tenía que ver con la Sra. Prudencia. Era una simple obrera, incapaz de hacer daño a nadie, que pasaba el fin de semana en Torre Alzina. La dejaron en libertad, bajo la responsabilidad de su protector.

Sabemos que en la noche del día 23 un camión fue recogiendo a un grupo de religiosos y monjas para llevarlos a "La Rebassada", lugar muy común de los fusilamientos en los primeros días de la sublevación. En el camión se encontraron dos religiosas franciscanas (Sor Catalina y Sor Micaela), otras dos de la Compañía de Sta. Teresa de Jesús (Mercedes Prat y Joaquina Miguel), el Hno Pablo Noguera (M. SS. CC.) y la Sra. Prudencia. Tenían en común su profesión de cristianos apresados en un mismo sector geográfico. A

a los religiosos, éstos abandonaron el huerto para trasladarse a la Torre a través de una calle secundaria. Tras ellos, a cierta distancia, les siguieron ambas señoras.

Los tres religiosos pasaron la noche del martes, todo el miércoles y parte del jueves, hasta que fueron fusilados, en la Torre. Ellos y las dos mujeres la habitaron y convivieron como en familia. En algunos momentos los huéspedes paseaban por el jardín. Las señoras les exhortaban a ser cautos y no dejarse ver. Respondían ellos que no huirían ni se defenderían si los iban a buscar.

Por la mañana del jueves (día 23), Teresa procuró unas prendas de vestir a una vecina, pensando que les servirían a los Misioneros en su inminente -según creían- viaje a Mallorca. Luego fue al centro de la ciudad con la intención de recoger los pasajes del barco en casa del un tal Doctor Salom, donde había buscado refugio el superior, P. Francisco Reynés. Algún malentendido se debió dar, lo cierto es que en el lugar no había tales pasajes. Teresa regresó inmediatamente a la Torre, acompañada hasta Vallcarca por el señor de la casa y médico de profesión.

Ya en casa, comieron los cinco. Sonó el teléfono. Era el P. Francisco Reynés que sugería a sus hermanos a alejarse más del lugar y hasta el daba algunas indicaciones de sus eventuales anfitriones. Finalizando la comida, numerosos milicianos registraron la Torre vecina (Torre Vila), ignorando exactamente el paradero de los religiosos. Examinaron las dependencias. destruyeron cuanto tuviera carácter religioso. Luego acordonaron la Torre Alzina. Al tocar a la puerta, la Señora Prudencia no permitió que abriera Teresa, sino que quiso hacerlo personalmente. Le preguntaron si tenía refugiados a los tres sacerdotes. Al responder de modo afirmativo, le ordenaron que bajasen inmediatamente.

Prudencia le tocó presenciar los dos actos del fusilamiento de los misioneros del Coll. El primero le costó el apresamiento, el segundo le valió la vida.

El camión partió hacia el lugar fatídico. A la Madre Mercedes, la Hna. Miguel y Sor Catalina, las colocaron en una orilla de la carretera. A la otra franciscana, la Sra. Prudencia y el Hno. Pablo Noguera -juntos, sellando con sangre el vínculo contraído- los pusieron en la cuneta opuesta. Los seis hombres que formaban el pelotón de fusilamiento se situaron en medio de la carretera y dispararon sobre las víctimas, por dos veces, las ráfagas de sus ametralladoras. La Sra. Cañellas murió enseguida.

Elogio de una viuda que dio cuanto pudo.

¿Hay algún hecho que explique -aparte de la fe y valentía de la señora- el porqué de este gesto? Parece que sí. A medida que el marido, Señor Ezequiel, fue influido por su mujer respecto a la práctica de la fe cristiana, ambos se desplazaban a la Iglesia para la oración y los sacramentos del Coll para la oración y los sacramentos. Cuando el hombre se vio impedido, a causa del progreso de la enfermedad, fueron los sacerdotes quienes le llevaban la comunión a la casa. Y le administraron igualmente en ella los últimos sacramentos. Lo cual explicaría el gesto posterior de la Señora Prudencia al acogerlos en su morada.

El lazo de la Sra. Prudencia con los Misioneros SS. CC. superaba cualquier otra diferencia. Se cumplía la doctrina del N. Testamento que no opone a laicos y clérigos en el interior de la Iglesia, sino que más bien establece el contraste entre Iglesia consagrada y mundo (en su sentido peyorativo). O también, en lenguaje petrino, entre el pueblo y el no pueblo (Cf. IPed. 1,10).

En Torre Alzina la oposición, bien visible, tenía dos extremos: los perseguidores y el grupito de creyentes que quería ser coherente con su bautismo. Los sacerdotes, dando cumplimiento a su ministerio. El Hno., en la tarea de ayudar al ministerio presbiteral. Los laicos -Prudencia y Teresa- en su vocación de plasmar la misericordia en una sociedad convulsionada y de corazón menguante. A la hora de la gran verdad este pequeño rebaño tenía múltiples lazos que lo unificaban en una misma voluntad y objetivo: dar la vida por el Amigo. Así expresaban el mayor amor. Que dos de ellos fueran presbíteros, uno Hermano Coadjutor y otros dos laicos, no tenía mayor trascendencia.

Los sacerdotes inmolaron su cuerpo en ofrenda a Dios. Habían celebrado muchas Eucaristías. Se habían ofrecido insistentemente al Padre junto al Cuerpo y la Sangre de su Hijo. Ahora se concretaba la ofrenda. El Hno. estuvo siempre en actitud de servicio comunitario. Para mejor llevar a la práctica la voluntad de cooperación, selló su promesa con los Consejos evangélicos. La conclusión de su vida, destrozada por las balas, tenía su lógica: cayó junto a los dos sacerdotes, como último servicio a su ministerio, como acto resolutorio de su consagración.

Por su parte, Prudencia y Teresa vivieron hasta el extremo la espiritualidad laical como "sacrificio espiritual" (Cf. IPed). En efecto, todo bautizado es sacerdote insustituible de sí mismo. Cuanto realiza en el transcurso de la existencia lo convierte en materia espiritual del sacrificio ofrecido a Dios. La relación entre sacrificio y sacerdocio es evidente. Dña. Prudencia, que consumó su sacrificio, llegó hasta el punto máximo en el ejercicio del sacerdocio de los fieles.

Seguramente que ella desconocía las implicaciones doctrinales de su gesto valiente y

ejemplar, al invitar a los misioneros a trasladarse a su casa. Pero lo vivió, y esto es lo que importa. El Vaticano II, unos treinta años más tarde, tomando pie del N. Testamento, razonaría estas cosas en sus magnas asambleas. "El carácter secular es propio y peculiar de los laicos" (LG 31). Su vocación consiste en "tratar de obtener el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios" (Cf. Ibid).

La intención profunda de estas expresiones no es la de dividir en dos la realidad y caer, por consiguiente, en el dualismo. Muy al contrario. Consiste en poner de relieve la situación existencial en que se encuentra el laico, conformada por la vida familiar, social, cultural, política... Ahí es donde realiza su ser cristiano y eclesial.

El bautismo, que le hace nacer a la fe y le confiere una participación real en las funciones de Cristo, no sólo no le libera de sus tareas, sino que le impulsa a asumirlas con nuevas y sobrenaturales motivaciones. Gracias a los laicos, la dimensión secular es integrada en la vida eclesial como parte imprescindible del proyecto salvífico de Cristo Jesús.

Los Misioneros SS. CC., distanciándose del mundo, se comprometen "a buscar en primer lugar el Reino de Dios, fomentando, sobre todo, la íntima unión con Dios por la oración y la contemplación" (11). Cabe establecer un paralelismo complementario y antitético: los Misioneros Laicos SS. CC., insertos en el mundo, se comprometen, "por propia vocación, tratar de obtener el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios" (LG 31).

Tal enseñanza la puso en práctica Dña. Prudencia. Ella tuvo que ver con la confección de prendas de vestir, no ajenas a las reglas económicas, con la Torre Alzina que había heredado, etc. A ella puede aplicarse con toda propiedad los párrafos que los Padres Conciliares dedicaron a los laicos.

Hoy día, especialmente en el área geográfica del Caribe, los MM. SS. CC. han propiciado los grupos llamados "Misioneros Laicos de los SS. CC."

Queremos recorrer el camino del segundo centenario con todo el Pueblo de Dios, con los laicos. Misioneros con un pueblo misionero. Beber de la misma espiritualidad. Sentirnos con todos familia. Con todos queremos realizar una nueva evangelización que tenga como meta el Reino de Dios. Un Reino que tiene su anticipo, su realización, su signo sacramental, en los Sagrados Corazones (12).

Una frase que, refiriéndose al núcleo de su espiritualidad, los congregantes repiten gustosos:
"Servir al Traspasado en los traspasados". Y enseñan a los laicos que "si todos no podemos estar en la geografía de los traspasados, sí debemos buscar a los traspasados en cualquier geografía". También les dicen que "los Misioneros Laicos SS. CC. se comprometen a promover la dignidad de la persona, a defender el inviolable derecho a la vida, la solidaridad con los pueblos y comunidades oprimidas, la misericordia con los pobres y enfermos" (13).

Dña. Prudencia fue a buscar a los traspasados del momento histórico que le tocó vivir y en su cercana geografía: los Misioneros acosados y odiados. Ella defendió su inviolable derecho a la vida y dejó que fuera su corazón misericordioso el que decidiera algo tan arriesgado como compartir su casa con los misioneros perseguidos. Seguramente que, de haber dejado las riendas a la fría razón o al instinto interesado, la decisión habría sido muy otra. No es extraño que algunos conocedores de esta

historia hayan considerado a la Sra. Prudencia como ejemplo adelantado de los Misioneros Laicos de los SS. Corazones.

- * Ella fue MISIONERA por su vida y por unos hechos muy concretos: la catequesis en la Barceloneta, el cambio que operó en su esposo indiferente a las cuestiones de la fe.
- * Ella fue LAICA: una laica soltera, casada y luego viuda. Como tal hizo de su vida un sacerdocio, la materia prima para el sacrificio espiritual. Y un día se convirtió en víctima propicia para el Padre. Dio la prueba del mayor amor.
- * Ella vivió la misericordia de los SAGRADOS CORAZONES. Su corazón latió con y por los marginados, a los que alivió en sus sufrimientos. Ella no vaciló en servir al Traspasado en los religiosos traspasados del Coll. En el acto de servicio, los fusiles enhiestos del año 1936, en Barcelona, atravesaron su corazón.

Los MM. SS. CC. tienen una enorme deuda con ella. No han sido lo debidamente caballerosos con la Sra. Prudencia. Lo expresaba así uno de ellos en el cincuenta aniversario del martirio:

Prudencia, buena Prudencia, hija de Dios, cristiana de verdad, heroína de la caridad, por Cristo, por tu fe en Dios, te metiste en el ojo del huracán. Al acoger a los tres religiosos, sabías que ponías en serio peligro tu vida... "No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos". Has firmado tu fe con el trazo más fuerte: Tu vida por Cristo en la persona de los tres misioneros. Te pedimos perdón: tú debías haber sido presentada como

testigo de la fe conjuntamente con los que tú habías acogido: tu testimonio es claro, es auténtico. ¿Por qué no te incluimos en el proceso de beatificación con ellos? (14).

Estas palabras formulaban el deseo de una amplia corriente de opinión favorable a incluir a la Sra. Prudencia en el proceso. De hecho, a instancias de los MM. SS. CC., el Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, en carta del 7 de octubre de 1989, se dirigía al Procurador General del Instituto con vistas a la posible incorporación explícita de la Señora Prudencia Cañellas (15).



ACOSO Y PERSECUCION DE UNA COMUNIDAD RELIGIOSA

- (1) Para una bibliografía sobre el tema, por ejemplo, Cf. RAMON SALAS, <u>Historia del ejército popular de la República</u>, t. I. Editora Nacional. Madrid, 1973. G. JACKSON, <u>La República española y la guerra civil. 1931-1939.</u> Barcelona 1976. Y otras numerosas historias detalladas de la guerra civil y de Catalunya.
- (2) Al iniciarse la rebelión militar todas las casas del Instituto estaban situadas en territorio español, excepto la de S. Celso, en Roma. La casa del Coll, de Barcelona, quedó bajo influencia republicana, así como el obispado de Vic, donde residían algunos congregantes. En cambio, las casas de Navarra y Mallorca quedaron bajo el mando del llamado bando nacional. Cf. los datos que aporta el P. JUAN ZUBITEGUI, Les arrebataron la vida. Carta circular n. 13, con ocasión de los 50 años de los mártires (Madrid, 23 de Mayo de 1986).
- (3) FRANCISCO REYNES, De lo que sucedió a nuestra Comunidad de Misioneros de los Sagrados Corazones de Ntra. Sra. del Coll (Barcelona). En LLUC, nov. 1936-enero 1937. Con tales datos hilvanó el P. JOSEP NICOLAU uno de los capítulos del folleto El Germà Francesc Mayol Oliver. Valencia 1987. Así como el capítulo "El Santuario del Coll" en las hojas multicopiadas que titula Cuatro Palmas de Martirio. (Multicopiado). Palma de Mallorca, Junio de 1991. (Anteriormente había ya multicopiado la mayor parte de los datos restantes).

ULTIMOS ACONTECIMIENTOS. PASION Y MUERTE

- (4) En catalán se designa como "Torre" una casa señorial, edificada en las afueras de la población, con la finalidad de servir de descanso y vacación a sus moradores. Por lo que se refiere al relato de Teresa Roca, a partir del artículo 120 casi todos tienen que ver con las declaraciones de esta mujer. Las multicopió, por vez primera, el P. GABRIEL SEGUI, Artículos que se proponen para la Causa de Beatificación y Canonización de los Siervos de Dios... (1958) (Ejemplar multicopiado).
- (5) Un error no explicado comete el presbítero JOSE SANABRE SANROMA, Martirologio de la Iglesia en la diócesis de Barcelona durante la persecución religiosa 1936-1939. Barcelona 1943. En esta elogiable obra, que recopila gran cantidad de datos, dice (p. 164) que la Sra. Prudencia "fue asesinada por la noche en el barrio de S. Ginès de Agudells". Sabemos que no fue así, como veremos en su momento. El P. Seguí, en sus artículos... citados, no advierte el error. En cambio sí matiza algunas frases del historiador Sanabre en relación a Dña. Prudencia y nuestros mártires (arts. 163-166).

- (6) Para mayor información sobre las Hnas. Franciscanas a las que nos referimos, Cf. CARLOS E. MESA, <u>Dieron testimonio</u>. Madrid 1963. (Especialmente, pp. 51 ss). En el libro hay alusiones al Hno. Pablo Noguera y a la Sra. Prudencia Cañellas.
- (7) Más datos sobre la vida y la muerte ejemplar de Mercè Prat, en M. VICTORIA MOLINS, Elegida para vivir. Barcelona 1986. También esta biografía se ocupa en algún momento del Hno. Pablo Noguera y la Sra. Prudencia Cañellas. Una edición en catalán, corregida y aumentada, se titula Fins donar la vida: vida i martiri de Mercè Prat. Barcelona 1990. El mismo año 1990 fue beatificada en la Basílica Vaticana. Su compañera en los momentos trágicos del fusilamiento, Joaquina Miguel, gracias a la cual sabemos los detalles de su muerte y también los del Hno. Pablo, tuvo el gozo de asistir a la misma. A la edad de noventa años y con las cicatrices del tiroteo que no logró acabar con su vida.

PRUDENCIA: LAICA Y MARTIR

- (8) El autor de estas notas recogió cuanto se refiere a la Sra. Prudencia y familia (excepto los sucesos posteriores a la sublevación), de dos hermanas que la trataron por largo tiempo. A ambas las entrevistó en el mes de julio de 1991, en uno de sus viajes a España. Se trata de Pilar Bellver Armengou (en religión Sor Matilde), de noventa años de edad y más de cincuenta de profesión religiosa en el Císter. En el momento de la entrevista residía en el Císter de la Bonanova (Barcelona). Por cierto, en el mismo convento vivió una hermana de Prudencia Cañellas (María Cañellas) que entró
- el Císter el 23.04.22 y murió el 07.07.33. La otra hermana es Montserrat Bellver Armengou, viuda, de 80 años, residente en la Avda. Argentina, n. 216, 2, 2 (Barcelona). Ambas hermanas conocieron de cerca a Prudencia Cañellas Ginesta.
- (9) Tales documentos los gestionó el P. Juan Meliá, M. SS. CC. quien consiguió también un par de valiosas fotos de la Sra. Prudencia y preparó la entrevista del P. Manuel Soler con las personas que la trataron.
- (10) Nos servimos del relato más cercano y detallado que poseemos, el de la Sra. Teresa Roca que tuvo una actuación no menos valiente ni desinteresada que la de la Sra. Prudencia. Aunque ella no llegó al sacrificio final. Teresa Roca, trabajaba en el taller de confecciones de Prudencia. Los fines de semana la acompañaba a Torre Alzina, donde también cuidaba de su limpieza. Empleada, amiga y sirvienta: de las tres cosas se alimentaba, al parecer, la relación de Teresa con Prudencia.
- (11) Reglas MM, SS. CC., art. 2.

- "Palabras de invitación del P. Gral., Pedro M. Aznárez, en Honorat, el 17 de agosto de 1990, en la celebración solemne el Centenario del Instituto. Con mayor amplitud, la carta escrita por el mismo P. Pedro M. Aznárez y publicada en el folleto preparado por el P. JAIME REYNES, M. SS. CC., Primer Curso de Formación Permanente, pp. 5-9. En la colección de Cuadernos Muraho", n. 5 (año 1990).
- (13) "Servir al Traspasdo en los traspasados" fue el eslogan que los congregantes en Rep. Dominicana editaron en un afiche que mostraba un limpiabotas con el costado desgarrado. La ocasión la brindó el centenario. Para las citas a que se refiere el párrafo, Cf. P. JAIME REYNES, N. SS. CC., Primer Curso..., o.c p. 37.
- (14) Fragmento de un escrito del P. JOSE AMENGUAL MAYRATA, Prudencia Cañellas en "Vinculum", Número 153, octubre 1986, pp. 65-67. La ocasión la propició el cincuenta aniversario del martirio.
- (15) La Comisión la integraron el Canónigo D. José Gordi i Grau, el P. Juan Zubitegui, M. SS. CC. y el P. Antonio Sospedra, el 22. 03. 1990. El resumen del dictamen lo entregaron al Canciller del Arzobispado de Barcelona.





Prudencia Cañellas Ginestra y su esposo Ezequiel Aguadé Soler.